to de ninguna ley? Y cuando no existe la fuerza del derecho, sino sólo el bárbaro derecho de la fuerza ¿no sucede, como lo pregona la historia, que las sociedades, después de horrendas convulsiones, después de debilitarse en fratricidas contiendas, y despues de contagiarse en parte del descreimiento oficial, se encenagan, al fin, en toda clase de excesos y de abominables vicios, hasta que al cabo se disuelven para siempre?

¡Qué baldón para el orgullo humano! Cuando se alza contra la fé, y proscribe el culto del verdadero Dios, á quien se afrenta de adorar, no se avergüenza, sin embargo, de colocar en su lugar y adorar públicamente sobre los altares mismos de Cristo, á una prostituta infame, á la Diosa Razon, con la cual renace el paganismo y el culto de sus principales fementidas divinidades!

Contra este retroceso de diez y nueve siglos á que se quiere arrastrar á la humanidad, contra tamaños males como aquejan á las naciones, no hay mas remedio que una política netamente cristiana, que una restauración de la salvadora doctrina evangélica. "El Evangelio!, el Evangelio!, decia Bergier, hé aquí el código de moral y de política de todas las naciones y de todos los siglos. El que no atiende sus lecciones, es incapaz de aprovechar ningunas otras."

Esto que ha sido el sentir de grandes pensadores y publicistas, viene á ser sancionado hoy, como una verdad incontrastable, por el Sr. Leon XIII en su Encíclica tantas veces citada, *Immortale Dei.*

III

Después de haber enseñado que entra en los constitutivos de la sociedad civil el reconocimiento de que todo poder viene de Dios, y que gobernantes y pueblos deben rendirle público homenaje de adoración y de acción de gracias, so pena de que la sociedad se desquicie, asienta con una rigorosa inducción, que el culto á la Divinidad, ó, en términos mas precisos, que la Religión, no la que cada hombre se imagine, sino la que quiere el mismo Dios, la que se ha dignado revelarnos, la que nos enseñó Jesucristo y conserva incólume y propaga por todo el mundo la Iglesia por El establecida; que esa Religión es el fundamento principal é indestructible sobre que tiene que constituirse la sociedad.

"No pueden, dice, las sociedades políticas obrar en conciencia, como si Dios no existiera, ni volver la espalda á la Religión como si les fuese extraña, ni mirarla con esquivéz ni desdén, ni como inútil y embarazosa, ni, en fin, otorgar carta de vecindad indiferentemente á los varios cultos; ántes bien, y por el contrario, tiene el Estado político obligación, de admitir enteramente, y abiertamente profesar aquella Ley y prácticas del culto divino, que el mismo Dios ha demostrado que quiere."

En seguida, el santo y sábio Pontífice hace ver con argumentos irrefragables, que la Religión cristiana es la única verdadera y divina, y que la Iglesia católica, fundada por Jesucristo, y depositaria de esa Religión, es, asimismo, la única verdadera Iglesia, á quién se debe oir como al mismo Jesucristo que así lo dispuso en su Evangelio: *El que os oye, me oye, y el que os desprecia, me desprecia.*

¡Cuánta alteza de miras en todas las palabras del gran León XIII! Nada hay en efecto, de más vital importancia, ni de más actualidad, que esas verdades que hoy recuerda al mundo la voz pontificia. Puesto que por el desvío con que algunos Estados ven á la Religión católica, y por las trabas sin número que se imponen á su libertad de acción y á su influencia vivificadora, la sociedad ha vuelto, hasta cierto punto, al paganismo, pues las costumbres y los espectáculos públicos, la literatura y las artes de la llamada *escuela realista*, las apoteósis y las adoraciones á ciertos héroes, el culto al Becerro de oro, al Dios-Estado, al Dios-Exito, etc., son enteramente paganos; se hace absolutamente necesario, que el Cristianismo, salve otra vez al mundo y lo limpíe de ese nuevo paganismo que lo corroe, como una horrible lepra.

Ahora bien; á esa necesidad imperiosísima, atiende la Encíclica *Immortale Dei.* El actual Vicario de Jesucristo, como en otro tiempo San Pedro y los demás apóstoles, viene á derribar todos esos ídolos de sus

pedestales, con sólo el ariete del Evangelio. Y no solo vencerá á la idolatría, sino que, como Leon el Grande, detendrá á Atila á las puertas de Roma. Los socialistas, los comunistas, los nihilistas y todo ese incontable ejército de bárbaros del siglo XIX, que han tomado posesiones por todas partes, y por todas partes socaban los cimientos de la sociedad, é intentan reducirla á escombros con dinamita; por nadie, ni por ninguna fuerza humana, serán desalojados y vencidos, sino solo por Leon XIII, ó la Iglesia católica, acostumbrada en cien combates, no únicamente á desarmar á la barbárie, sino á atraerla á su seno y civilizarla, filiándola bajo la bandera de la Cruz.

Y para esta sobrehumana empresa, no pide ni necesita el gran Caudillo del pueblo católico, ningunos recursos humanos, por mezquinos é ineficaces: no pretende, no, invadir ni un pié del terreno que ocupa la potestad civil, pues respeta su soberanía y la órbita de sus dominios, como que nadie mejor que él, sabe y enseña que *al César lo que es del César*: no reclama *para Dios, sino lo que es de Dios.* No reclama sino la libertad evangélica, la libertad de palabra y de acción para la Iglesia; no reclama sino el lugar de honor, y el trono del magisterio que se le ha concedido de lo alto, y al que tiene perfecto é indisputable derecho, porque ha merecido bien de las naciones, á quienes por espacio de muchos siglos guió por los senderos del progreso y de la gloria, dándoles medios y aliento para llevar á cabo las mas heróicas empresas que han visto las edades.

Demás de eso, el que por todo el globo estén diseminados, aquí y allí, mil monumentos imperecederos de todas clases que ha levantado la mano de la Iglesia católica, en bien y honra de la humanidad, por favorecer y estimular al genio, á las artes y á las letras, por proteger é impulsar los adelantos y descubrimientos de las ciencias; y, sobre todo, el que haya procurado y conseguido, cuando ha tenido libertad, el mayor progreso moral en todos los espíritus, predicándoles é infundiéndoles las virtudes cristianas, que forman y purifican las costumbres públicas y privadas; todo eso, y mil y mil títulos más, la hacen acreedora á lo que pretende hoy, por conducto de uno de sus Pontífices mas esclarecidos, y es, ya queda dicho, una reorganización social, que se verificará luego que se infunda, como factor imprescindible, el elemento cristiano, en las leyes, en las costumbres, en las instituciones, en la educación y en la familia. Y entonces vendrá el gran *desideratum* de todos los hombres de fé: el completo y universal reinado social de Jesucristo.

En la propia conveniencia de los poderes seculares está el coadyuvar, ó por lo ménos el no poner obstáculos, á esa obra salvadora de pacificación universal, á esa inmortal Encíclica, que, predicando y estableciendo el principio de obediencia à la autoridad, cualquiera que sea, y condenando, en tesis general, las revoluciones y asonadas, porque Dios así lo quiere, los poderes seculares alcanzarán la solidez, la respetabilidad y estabilidad que hoy no tienen, porque bregan á ciegas y á merced de las caprichosas muchedumbres, como desmantelado esquife, en medio de los vientos y de las ondas agitadas del Oceano.

Poderes seculares y pueblos, necesitan en el actual estado de cosas, más que nunca, el ser fortalecidos y vivificados por el espíritu del Catolicismo. El es, á la sociedad y á los gobiernos, lo que la sávia al árbol, lo que la sangre, y mas aún, lo que el alma al cuerpo.

Y hay que tener gran fé en que se realizará pronto y por completo, esa restauración cristiana. Dios misericordioso así lo ha dispuesto, sin duda, cuando para iniciarla y proclamarla, ha colocado sobre la Cátedra de San Pedro, á ese hombre en cuya frente brilla la lumbre del genio, y cuyas virtudes admiran sus mismos enemigos. Míranse en él, todas las muestras del que trae de lo alto, destinos extraordinarios, casi increibles, que llenar sobre la tierra. Su palabra tiene la virtud de electrizar todas las almas y encender y ganar los corazones: su ciencia de Estado es tan consumada, su justificación tan grande, su prestigio tan universal, que aun las naciones disidentes de la fé católica, como la Alemania, ponen en sus manos sus mas delicadas cuestiones internacionales para que las dirima, sujetándose sin réplica á su fallo, ó bien le rinden tributos de admiración y respeto, al felicitarlo en sus Bodas de

Oro, como la Inglaterra, los Estados-Unidos, la Rusia, la Persia, la China y la Turquía.

¿Qué misteriosa virtud posee el Sr. Leon XIII, que así ha logrado subyugar todos los ánimos, y atraer las miradas, y conquistar los aplausos del mundo entero? Es que es el hombre de la Providencia; es que, mas que la llama del saber, centellean sobre su cabeza las lenguas de fuego del Cenáculo, y es en fin, que el Espíritu Santo, lo ha escogido para que su nombre figure, lleno de brillo en la historia, al lado de los mas grandes Pontífices, y para que la posteridad lo reconozca, singularmente, bajo estos magníficos dictados: el Pacificador de las naciones y el Restaurador del principio católico en la constitución de los Estados.

Por comisión sobremanera honrosa é inmerecida, del Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo y V. Cabildo,

FLORENCIO PARGA.

Tomada razón.

LEON XIII DEFENSOR DE LA UNIDAD CATOLICA.

Hoc scilicet spectamus, hoc unicè cùpimus, omni ope contendere ut gentes slavonici nominis majore Episcoporum et sacerdotum copia instruantur.

(ENCICLICA «GRANDE MUNUS.»)

Nos proponemos y únicamente deseamos procurar con todo empeño, que los Eslavos tengan mayor número de Obispos y Sacerdotes.

(ENCICLICA «*GRANDE MUNUS.*»)

LA famosa y hermosísima Encíclica *Grande munus* del Sumo Pontífice Leon XIII, expedida en el tercer año de su glorioso reinado, al mismo tiempo que confirma su universal reputación de verdadero sabio, demuestra su pastoral solicitud por el bien de la Iglesia y especialmente de los católicos y demás moradores del Oriente. El Pontífice que, conocedor del hombre y de la sociedad, cumpliendo su misión de regir y gobernar la Iglesia y evangelizar á todos, se dirigió desde su advenimiento á los pueblos y á los poderes del mundo para entablar amistosas relaciones, no podía menos que dirigirse al cielo, para alcanzar más eficaz su intervención en el gobierno, siempre dificil de la Iglesia. Así lo hizo en diversas Epístolas dirigidas á los fieles, para que por medio de la oración y la práctica de las demás virtudes, alcanzáran del cielo el remedio de los males y la posesión de los bienes que más conducen á la gloria de Dios: así lo hizo particularmente en la Enciclica *Grande munus*, que al extender á todo el mundo el culto de los gloriosos Santos Cirilo y Methodio, misioneros, Apóstoles de los eslavos, y por lo mismo al proponerlos como modelos é intercesores, sin duda los hace propicios, para que desde su dichosísima mansión protejan á la Iglesia y á los pueblos que durante su vida mortal para ella conquistaron. Conocedor del cielo, le dá mucha importancia, quien la dá, y muy grande, á los poderes de la tierra.

Los mas vivos fulgores de la sabiduría irradían de ese precioso documento: su fondo en lo grande se parece á la Iglesia y en lo profundo tiene semejanza con el cielo; su forma es limpia como las virtudes y majestuosa como la imagen de los santos.

Es una Epístola dirigida á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del Orbe católico, y por medio de ellos una enseñanza y un mandato para todos los fieles; pero al mismo tiempo es un documento público, que verán no solo los hijos, sino tambien los enemigos de la Iglesia. Por eso se juntan en él la sencillez y claridad epistolar con la profundidad y la firmeza. Sin profetizar puede decirse, que ni los adversarios refutarán jamás una sola de sus proposiciones, ni los pensadores extrañarán en él su elemento, ni las almas sencillas podrán quejarse de su oscuridad. Su objeto es tan oportuno como grande: extender á toda la Iglesia el culto de los Santos Cirilo y Methodio, al concluir casi el siglo XIX del Cristianismo. Lo extiende con la suprema Autoridad que manda, sabiendo que ha de ser obedecida, y con la doctrina vigorosa que arrastra en pos de sí el convencimiento: antes de hacerse oír la voz que manda, la que enseña, habia obtenido ya completa sumisión. Mandando al revez de los tiranos, no porque quiere, sino porque hay razón, el gran Pontífice ennoblece á la vez la autoridad y la obediencia; habla como dice el Evangelio de Jesucristo, *como quien tiene autoridad.*

Llámase pensamiento profundo, el que siendo verdadero, necesita meditarse para ser comprendido, porque es el último de una serie perfectamente encadenada. Tal carácter tiene el de que en nuestros tiempos el culto de los Santos Cirilo y Methodio se extienda á la Iglesia Universal.

Hay en el mundo dos ciudades de las